

VOLVIENDO AL MARTÍN FIERRO

por

Arturo Berenguer Carisomo

Capítulo I

Dos momentos de la historia

Mil ochocientos setenta y dos. Finalizaba la presidencia de Sarmiento. El león sanjuanino, firme en su obra civilizadora: ferrocarriles, escuelas, fundaciones, mas el país enorme, con distancias abrumadoras seguía siendo entonces la minúscula cabeza de Buenos Aires y un resto, un extenso ejido que terminaba en la línea de los fortines. Más allá la pampa seca, el desierto, el indio, lo ignoto, lo inhóspito.

Distintos eran el norte y el litoral –aunque no exentos de la indiada– porque en ellos estaban los centros y nudos vitales que desde la Colonia habían constituido la vida y la cultura de la misma: Córdoba, Santa Fe, Paraná, Santiago, Tucumán, Salta y, aún pegados a la cordillera Mendoza, San Juan, La Rioja, pero las distancias resueltas en semanas, en meses de tiempo las aislaban como otros tantos países con rasgos inconfundibles, incluso lingüísticos, de profunda raíz telúrica; eran los centros del federalismo frente al unitarismo intransigente de la «ciudad» por antonomasia.

A veinte años de la caída de Rosas y a diecinueve de la sanción constitucional aún la estabilidad política era incierta, difusa; porteños y provincianos continuaban mirándose con odios recíprocos; en el fondo persistía –a pesar del régimen federal instaurado– el viejo rencor entre el interior y el puerto: los bravos hombres del llano todavía juraban por Don Juan Manuel.¹

Autor de *Civilización y barbarie*, el creador de *Facundo* no cejaba en señalar la diferencia:

chiripá, poncho, bota de potro, pulpería eran la barbarie, el atraso, lo que urgía raer; galera, levita, plastrón, buenas maneras eran la civilización, lo selecto, era Buenos Aires, la vieja sede de los virreyes con su fisonomía colonial casi intacta; centro de la política, el arte, las letras, de lo europeo.

Perduraba la generación Romántica, lo que Ricardo Rojas llamó tan bellamente la vejez de los patriarcas: el Presidente De la República, Mitre, Alberdi, Juan María Gutiérrez, Marcos Sastre, José Mármol, Luis Domínguez; educando y aún no han hecho eclosión los hombres de la fragmentaria, europeizante y por tantas razones magnífica generación del ochenta.

Sobre ese sueño romántico que estaba en todo: las costumbres, la moda, la poesía, el teatro, hasta en la política, bajo distintos nombres y otro atuendo no había desaparecido la figura mesiánica del caudillo –para sus hombres lo fueron a su modo Urquiza o Mitre– ni acaso su forma de actuar; sobre ese sueño decíamos, comienzan a gravitar dos episodios, todavía en agraz, pero que representarían dos fuerzas poderosas de transformación: los primeros inmigrantes, aún no con el carácter torrencial de fines de siglo, pero que ya comenzaban a desdibujar la población de la «Gran Aldea» tan pagada de su estirpe criolla a colonizar tibiamente las regiones temidas; en primer lugar, los primeros atisbos del positivismo, de una técnica científica.

Tomemos un ejemplo concreto: la fiebre ama-

rilla del año setenta y uno comenzó en los «conventillos» de bajo Belgrano; se hacinaban allí los primeros extranjeros llegados al país junto con la población matrera de los remotos suburbios; pronto el flagelo alcanzó a la población entera; fue el horror y el pánico, sin organización, con salvatajes de emergencia; cerca de catorce mil fueron las víctimas, cifra pavorosa si se calcula que la población del casco urbano, al huir los que pudieron, se había reducido a sesenta mil habitantes.

Es entonces interesante observar cómo al año siguiente, aún estremecidos por la tragedia, se organizan «científicamente» las precauciones para evitar una nueva hecatombe; el miedo alerta e ingenieros y médicos buscaron formas técnicas de sanear la ciudad; claro que se trata de un «positivismo» práctico, elemental; aún faltaba para que apareciera el grupo de los positivistas teóricos, pero no deja de ser un síntoma que ese mismo año setenta y dos se fundara la «Sociedad Científica Argentina». Eran apenas vagidos en un Buenos Aires que, detalle más o menos, tenía el aspecto del evocado por José Antonio Wilde en su crónica famosa de 1881;² acaso —más refinado, aristocrático y «flaubertiano»— el que nos dejara Lucio V. López en *La Gran Aldea*.

De cualquier modo, la pampa brava seguía rodeándola y se le metía por las entrañas. La gente de pro vivía en torno de la Plaza Mayor, la de la Victoria con los tradicionales Fuerte, Cabildo, Catedral y Teatro, con su típica y mercaderil Recocta; el «centro», el pequeño damero donde se emplazaban el colegio de *Juvenilia*, la Universidad, San Ignacio, tan orgullosamente llamada «Manzana de las Luces», San Francisco y Santo Domingo; allí en pocas y extensas calles: tiendas, cafés, almacenes, mansiones, hoteles. Por el oeste, los corrales de Miserere ya eran atracadero de carretas con su carga de «frutos del país» que se extendía por Rivadavia hasta el rincón o plaza de Lorea, el norte, tierra apenas poblada que comenzó a serlo con los que del sur escaparon de la fiebre amarilla, y Palermo aún conservaba el rojo resplandor siniestro de los tiempos mazorqueros pese al empeño de Sarmiento para convertirlo con la creación del Parque 3 de Febrero en una suerte de *Bois de Boulogne* porteño; solo las entonces lejanas Barrancas de San Isidro eran distante y refinado lugar de esparcimiento, de veraneo; poco al sur del núcleo urba-

no aún resonaba el son bronco del Matadero de Echeverría, y eran quintas espaciosas y de lujo las del aislado Barracas.

Un cinturón de campo hirsuto y semidesierto —decíamos— apretaba el empaque de la ciudad pequeña y enjuta; en ese campo señoreaba el gaucho de los mejores tiempos, ese tiempo que evoca la melancólica reflexión de Fierro antes de su drama. Es incuestionable que el ciudadano del viejo Colón y del Club del Progreso —¡qué denominación típica y acusadora!— no lo veía con buenos ojos; era la barbarie, la faena ruda, el cuchillo, el alcohol, los centauros de los juegos impetuosos, las riñas de gallos, al fin, el alzado, el matrero. Sí, era todo eso, pero eran también el plancton, la esencia del país; hijos de la tierra, resignados, taciturnos, avaros de sonrisa, pero fieles y sufridos, hasta músicos y poetas de a ratos. Desde las invasiones inglesas hasta Pavón cumplieron como buenos hijos, sin una protesta ni una rebeldía, sin chistar.

Fueron carne de cañón en las guerras de la independencia, en los sangrientos entreveros de las contiendas civiles, en las flébilis líneas fortineras, supuestas vallas contra el ciclón salvaje de los malones, quizá aporteñado, entre gaucho y señorito, el guapo que sostenía el manejo todavía cruento de una democracia primeriza e inorgánica, ¿acaso, en cierto modo, el señor de la ciudad no era también, como dueño, ganadero o agricultor, gaucho a su modo?

Así el país cortado en bisel por tres de sus puntos cardinales entre «civilización» de mimetismo europeo y de «barbarie» de radical naturaleza criolla ofrecía por aquel año de mil ochocientos setenta y dos el doble aspecto de una breve ciudad culta —estudios, ópera, comedia, librerías— que por indiana y remota gustaba al viajero transeúnte y un campo enorme, inmediato, cercano e hispido donde una masa nómada, como viejos pastores bíblicos, aseguraba la única riqueza natural y fuerte del territorio: el ganado.

En ese ambiente, como dijimos, el caudillaje de los tiempos de la montonera seguía poco menos que intacto; lo prueban el asesinato de Urquiza en 1870 y la actividad guerrillera del inflexible Ricardo López Jordán. Sarmiento, que como sabemos toma la presidencia de 1868 al volver deslumbrado de su misión diplomática en los EE.UU., intentó dar batalla contra esa fuerza opo-

niéndole la educación popular. En tal sentido, escribió C.O. Bunge:

Su mérito de estadista estriba, más que en haber inventado sus iniciativas, en haberlas sabido llevar a la práctica con espíritu claro y mano firme. En el ramo de la Instrucción Pública, por Ej., admirador de Horacio Mann, difundió cuanto pudo la enseñanza primaria e hizo adoptar el método gradual e intuitivo conforme a lo que había visto en Norte América; pero no llegó sin duda a concebir un nuevo método de enseñanza ni a dar a la instrucción primaria una organización nueva.³

Con el mismo objeto incrementó las comunicaciones ferroviarias y telegráficas; promovió la inmigración, y en nuestro año de 1872 implantó el sistema métrico decimal; alentó a Mariano Billinghurst para instalar el remoto tranvía urbano a tiro de caballos, y fundar, en el vapor *Brown*, la Escuela Naval.

Todo, sin duda alguna, suponía progreso, avance de la cultura; lo que permanecía radicalmente insoluble era la dicotomía del país: el ámbito interior y el unitarismo, que ya comenzaba a llamarse oligarquía, de Buenos Aires. Por dos veces, en 1868 y 1869, el P. L. declaró capital de la República a Rosario y en la primera apoyó el proyecto desde las columnas de *La Capital*, rosarina, un ministro de campaña del gobernador entrerriano Evaristo López, por entonces combatiente periodista, llamado José Hernández franco y decidido «jordanista»; tanto Mitre como Sarmiento en ambas ocasiones vetaron la ley ya sancionada. Era evidente la actitud intransigente de los viejos unitarios del '40; en el fondo de su alma les escocía la famosa Constitución federal del '53 que al menos les dejaba el resquicio de su virtual y fuerte presidencialismo.

Con todo, la misma Buenos Aires buscaba zanjar la espinuda cuestión.

El «Club de los Libres» se fundó en 1869 contra «ministeriales y oligarcas, para combatir»—dice uno de sus propósitos— «la oligarquía, para asegurar al pueblo el uso desembarazado, libre y pacífico de todos sus derechos»; entre sus hombres nuevamente tropezamos con el nombre de Hernández quien, como redactor del diario *El Río de la Plata*, abogaba por el retorno a la vida pública de federales exiliados.

De este modo adquiría un impresionante eco histórico como testimonio de un pasado inmediato ese nombre de «La Ida» puesto a la parte primera del poema.

2

Los pueblos jóvenes son como dunas inestables; cambian aceleradamente; son políticamente tierras movedizas de naturaleza fluida y tornado fundamento; viven en una proyección de futuro con escasa conciencia histórica desconociendo a sus dioses o sus mitos. El cambio puede ocurrir de un momento para otro como magia o sorpresa.

Hacia 1873 el partido autonomista contaba con un grupo de hombres ilustres: Aristóbulo del Valle, Dardo Rocha, Manuel Quintana, Vicente F. López, Carlos Pellegrini, Vicente Quesada, José Hernández y su editor Zoilo Miguens; apoyados por los federales de todo el interior propician para el nuevo período presidencial del '74 al '80 a quien había sido dinámico Ministro de Justicia, Instrucción Pública y Culto; quien a su vez, y con su acostumbrada energía, apoyó decididamente al candidato: el joven tucumano —36 años— Nicolás Avellaneda, quien tras la derrota de Mitre en «La Verde» —una de las últimas sacudidas del centralismo porteño— ocupará la primera magistratura el 12 de octubre de 1874.

Avellaneda, provinciano en Buenos Aires, jurisconsulto ilustre, asociado al gran estudio de Roque Pérez, profesor universitario de Economía Política, gran orador, mesurado y culto, fue, como alguien ha dicho, el «único presidente responsable y no improvisado de ese lapso». Aureolado con el halo del martirio por la brutal muerte de su padre Marcos, a manos de la montonera en Metán, que lo obligó a una niñez y a una adolescencia duras y tristes, era figura propicia al sentimentalismo de Buenos Aires tan goloso siempre de la anécdota dramática y de la víctima inocente, y si bien es verdad que fue ungido por las acostumbradas elecciones espurias —éste fue el motivo dado para el alzamiento de los mitristas olvidando que ellos habían alcanzado la presidencia por iguales o parecidos medios— y era hombre francamente apoyado por el interior, su capacidad, discreción y perspicacia supo conjurar en los seis años de su mandato cualquier otro intento de rebelión «unitaria». Se iniciaba otra época.

Poco había variado físicamente el país y la ciudad que iba a gobernar: seguía siendo la aldea de calles mal empedradas y veredas intransitables; los presumibles límites urbanos de las arterias Callao y Avenida Alvear tienen todavía aspecto campesino; los «terceros» son temblorosos puentes precarios tendidos sobre los desagües; el Miserere – el Once – y Constitución continuaban como apeaderos de carretas, y Palermo, zona boscosa alejada y temida; pero, en un sentido general, el país ha progresado de modo ostensible, rápidamente: Pellegrini defiende la política industrialista. «No podemos seguir siendo solo un pueblo pastor»; en la Exposición de París de 1878 llama la atención la muestra industrial argentina, y aunque Norberto de la Riestra dijera de los incipientes industriales que se trataba solo de «cuatro remendones» es lo cierto que lentamente dejábamos de ser tierra de exclusiva riqueza agropecuaria.

De cualquier modo esa riqueza era su norte, su fuerza: el gaucho pastor, la agricultura fomentada por los colonos inmigrantes cada vez con mayor energía: en 1878 Avellaneda anunció jubilosamente el primer embarque de trigo a Europa que había organizado aquel emprendedor pionero español Casado del Alisal; por eso urgía terminar con la amenaza de la indiada; lo apremiaba un doble y profundo motivo: asegurar la tranquilidad a las, cada vez más empeñosas, poblaciones del sur y cortar las ambiciones chilenas sobre la Patagonia que estaban instrumentadas con la disimulada colaboración de caciques y lenguaraces trasandinos. Una coyuntura: la guerra peruano-boliviana contra Chile, permitió a Avellaneda lanzar a su Ministro de Guerra, el general Roca, a la «campana del desierto». La victoria no tardó ni un año. Sobre el triunfo estratégico con Chile, se extendían ahora los campos de sembradío y el bajo sur se poblaría de ganado ovino. Los salesianos harían más tarde el resto.⁴

No solo evolucionó lo material, y el vuelco casi repentino fue mucho más notorio. En el terreno de la especulación pura, una generación nueva ocupará el puesto de los viejos románticos: son los positivistas ya francos y convictos de la generación del ochenta. Cuando Avellaneda, que en cierto modo la integra, concluye su mandato están, años más o menos, en el fervor de los 20 a los 30, hombres como Eduardo Wilde, José Álvarez, José M. Estrada, Gervasio Méndez, José María

Ramos Mejía, Miguel Cané, Eduardo Holmberg, Almafuerte, Estanislao Cevallos, Agustín Álvarez, Calixto Oyuela, Martiniano Leguizamón, Domingo Martinto, Rafael Obligado.

Se encontrarán entre ellos las más dispares tendencias: de la ironía de Wilde y el escepticismo de Cané al credo católico de Estrada o el hispanismo clásico de Oyuela; desde el cientificismo de Ramos Mejía o Holmberg a la retozona alegre de Fray Mocho; últimos románticos como Méndez u Obligado a casi precursores del futuro modernismo como Almafuerte, sin que falte el sentimiento gaucho de Leguizamón opuesto al fino atildamiento de Martinto.

Pero todos, criollistas y europeizantes, últimos románticos o francos positivistas en esa época de entusiasta renovación con sus versos o su prosa fragmentaria, al azar del ardoroso momento, viajeros y curiosos, sin haber dejado una obra cumbre o definitiva, forman la segunda gran promoción intelectual argentina y acaso la primera – si exceptuamos a Alberdi – en manejarse con un acervo cultural sólido y no improvisado.⁵

Un hombre ya mayor – tenía entonces 45 años – concluye ahora su gran rapsodia; comprende el momento y ya no evoca al matrero que huye sino al hombre severo que regresa del caos: en 1879 cierra el ciclo del poema con «La Vuelta de Martín Fierro».

Capítulo II

Esbozo de una biografía aventurera

Estanciero, militar, político y sobre todo autodidacto: todo eso fue José Rafael Hernández, y todo eso con arrebatado apasionamiento en vida muy breve que apenas alcanza a los 52 años. Vida oscura e ignorada relativamente hasta hace muy poco tiempo. La bibliografía no miente: salvo los apuntes de su hermano Rafael, en apenas once páginas de su libro *Pehuajó: nomenclatura de las calles. Breve noticia sobre los poetas que en ellas se conmemoran*, aparecido en 1869; las notas necrológicas publicadas el año de su muerte en 1886 y los discursos de Lucio V. Mansilla y Luis V. Varela en el sepelio puede decirse que desde hace solo unos cuarenta o menos años se han indagado con seriedad los pormenores de su biografía. Dos obras capitales anteriores a la crítica nacional dan otro testimonio de esta carencia: Lugones en *El Payador*

(1916), bien que incompleto, para nada se refiere al autor del poema; Rojas, en su *Literatura Argentina*, «Los Gauchescos» (1917) apenas da nociones muy generales sin orden cronológico. Todo es prueba bastante elocuente de que autor y texto merecieron escasa consideración para eruditos e investigadores.

La reacción ha sido enérgica y saludable, y hoy tenemos un material muy rico que ha puesto mucho en claro de una existencia nómada, inquieta y confusa en uno de los períodos más turbios y agitados de la vida argentina.

Nace Hernández el 10 de noviembre de 1874, en la que fue chacra de Perdriel y era entonces chacra de Pueyrredón en el partido de San Martín, hijo de Pedro Pascual Rafael Hernández y de Isabel Pueyrredón casados a disgusto del padre del novio quien desde ese momento rompió relaciones con su hijo; la oposición acaso fue debida a la prosapia de la novia que contaba con un jefe de estado, el Director Supremo en las Provincias Unidas del Río de la Plata y un artista ilustre, hijo del político, el pintor Prilidiano Pueyrredón con otros militares de menor alcurnia, cuyos descendientes eran, a la sazón del nacimiento del futuro poeta, de filiación netamente unitaria; los Hernández, en cambio, el padre de José y sus tíos Eugenio y Juan José eran francos federales y aún hombres de confianza de Rosas.

Desde su nacimiento pues hubo de sufrir Hernández y por espacio de cuatro décadas, el desgarramiento de los argentinos más o menos cicatrizado sobre el final de su vida.

La desdicha lo sorprende en la primera infancia: los padres deben partir a las entonces bravías estancias del sur en cumplimiento de sus tareas ganaderas; los hijos, Magdalena, la primogénita del matrimonio Hernández-Pueyrredón, y José, quedan en el caserío de Perdriel a cargo de la tía materna de Victoria —a quien llaman mamá Totó— casada con un primo, Mariano Pueyrredón. La saña del tiempo llega al caserío; es muy conocida la anécdota de que el tío del futuro poeta, Juan José, informó a los Pueyrredón por medio de un negro que se fingía borracho como caería allí la mazorca para depredar la chacra; nadie se salvaría de sus expeditivos procedimientos. Mariano y Victoria huyen esa misma noche llevando a Magdalena en angustiosa carrera que terminará internándose en el Brasil y radicándose en Río de Janeiro.

José queda con el abuelo paterno en Barracas. Estamos en el terrible año '40; tiene solo seis años y en tan corto lapso ha sufrido crueles alternativas: la separación de los padres, el estar al cuidado de unos tíos, el miedo, la angustia, la huida; de inteligencia despierta y vivaz —sabía leer a los cuatro años— pudo muy bien darse cuenta de todo y dejar el drama en su espíritu una huella indeleble; no fue todo: tiene nueve años cuando en 1843 fallece la madre lejos de él; a mamá Totó solo volverá a verla fugazmente hacia 1885 al regresar del Brasil, ya viuda. Ha sufrido, prácticamente durante la niñez, el desamparo y la soledad.

Todos los biógrafos de Hernández han explicado estas dolorosas circunstancias como las raíces del temperamento inquieto, combativo, desasegado que caracterizó al escritor y dio un signo inequívoco a su vida; más aún, Borello llega a decir que Hernández: «Ha vivido en carne propia la existencia de los desvalidos, de los injustamente postergados y abraza su causa como un deber de justicia, como una forma de revalidar y defender sus propios derechos».⁶

Dos años después de la muerte de su madre, ya que entre 1841 y 1845 cursa sus únicos estudios regulares, los primarios en la escuela de Pedro Sánchez, el abuelo lo envía con su padre —«por no andar bien del pecho»—⁷ a las estancias que administraba por el sur. Tiene once años y comienza su aprendizaje de pampa; conoce troperos, reseros, pialadores, la yerra y el arreo, oíría a payadores y se informaría muy bien de las aviesas conductas de los comandantes de turno y los temidos jueces de paz, como de costumbres y usos de los temidos salvajes. Es su más completo y profundo bachillerato. Tiene dieciocho años cuando en la batalla de Caseros muere su tío Juan José, coronel combatiente al lado de los vencidos.

Va a comenzar su vida errante de política, periodismo y acción guerrera desde la revolución del once de septiembre de 1852, en que Buenos Aires se separa de la Confederación, hasta la relativa paz hacia el fin de las presidencias de Avellaneda y Roca poco antes de morir en 1886. No hay espacio para entrar en los complicados pormenores de esos treinta años en que lucharon sin tregua y sin piedad los unitarios de Buenos Aires con los federales del interior. Vamos pues a seguirlo cinemáticamente en los principales hechos de sus andanzas: por dos veces, en el Rincón de San Gregorio y en el Tala, combate del lado porteño,

pero acaso lo ocurrido en los campos de Villamayor, en que las tropas confederadas fueron pasadas a degüello, el poeta de veintidós años decidió su suerte abrazando con toda energía la causa del interior.

Colabora entonces en 1856, a los veintidós años, en el periódico *La reforma Pacífica* de Nicolás Calvo, quien integraba en Paraná un grupo de provincianos y porteños buscando románticamente una conciliación de las facciones en pugna. Todo fue inútil, en ese mismo año '56 los hombres de Buenos Aires, con Mitre a la cabeza, abogan por la separación definitiva de la provincia portuaria fundando un estado independiente que se llamaría «República del Río de la Plata».

Hernández define entonces su posición adhiriéndose francamente a la Confederación, a los hombres del interior, a los gauchos que tanto había conocido y amado; ya lo dicen claramente sus artículos en el periódico de Calvo y se afirma desde su actuación en Paraná en donde se radica probablemente desde 1885. Paraná, capital de la Confederación, según anota Beatriz Bosch en sus artículos de *La Prensa*⁸ era una suerte de *Petit Paris* con intensa vida social: ópera, comedia, reuniones mundanas, cenáculos de intelectuales, actividad artística y científica.

Cumple allí nuestro escritor una intensa tarea. Trabaja como tenedor de libros en el comercio de Ramón Puig, conoce y liga amistad con el futuro caudillo López Jordán, yerno del comerciante; es nombrado oficial de la Contaduría Nacional; poco después, taquígrafo del Senado Confederado; el 23 de octubre de 1859, a las órdenes del coronel Parma, interviene en la acción de Cepeda en la que, como sabemos, fueron derrotadas las tropas de Buenos Aires; ya es hombre notorio y el año siguiente ocupa el cargo de Secretario privado de Juan Esteban Pedernera, Presidente Interino de la Confederación.

Tiene entonces veintiséis años; sus ideas se clarifican y definen: desde las columnas de *El Nacional Argentino* de Paraná se constituirá en una defensa del pueblo en su natural derecho a ser libre, soberano y respetado. Será ésta su prédica constante.

Entretanto la historia continuaba su implacable drama. Después de Cepeda los confederados pudieron sojuzgar a Buenos Aires, pero Urquiza buscó una conciliación sobre bases deleznales en el famoso pacto de San José de Flores, firmado el

once de noviembre de 1859; siguieron la reforma de la Constitución en 1860 y la elección de Santiago Derqui con carácter de Presidente Constitucional de la República. Los buenos oficios de este magistrado — hoy tan en el olvido — tropezaron con la sangrienta revolución de San Juan, en 1861, y el rechazo por los diputados por Buenos Aires al Congreso de Paraná en razón de haber sido electos por una ley provincial y no nacional. Las relaciones volvieron a ponerse tirantes; Urquiza trató por todos los medios de evitar la guerra, una vez más el «magno entrerriano» fracasó en su empeño; mucho le han criticado, sobre todo los «revisiónistas», esta actitud pacificadora, acaso sin calcular que era una reacción inevitable en ese espíritu de fondo comercial como era el suyo.

La confederación y Buenos Aires — Urquiza y Mitre — se encontraron en los campos de Pavón el 17 de diciembre de 1861. La batalla estaba muy comprometida para los hombres del puerto, mas Urquiza, desalentado y no muy seguro de Derqui, se retiró del campo de lucha dando la victoria a Mitre quien avanzó hasta Rosario.

Nuestro escritor ha seguido con su acostumbrado febril apasionamiento estos galopantes sucesos: interviene en Pavón y a los dos meses en la triste sorpresa de Cañada de Gómez, donde cerca de trescientos confederados fueron sorprendidos y masacrados por el general Venancio Flores; milagrosamente salvaron la vida José Hernández y su hermano menor, Rafael. A fines de ese agitado año '61, el poeta se gradúa como Sargento Mayor.

Un paréntesis le calma parece apaciguarlo temporalmente; al filo de cumplir los treinta años se casa en Paraná, junio de 1868, con la porteña Carolina Gonzáles del Solar y de la Puente Cevallos; del matrimonio, entre 1864 y 1880 nacerán siete hijos, seis mujeres y un varón, pero no fue la paz ni la serenidad; corpulento, bonachón, con un fino sentido del amor y del humor, a este hombre de humana sensibilidad pareciera que el vivir lo empujara como un destino inexorable a la aventura sin tregua o con la pluma o con la acción; adherido a la causa de sus gauchos, a los derrotados en Pavón, cualquier hecho en su contra era suficiente para que reaccionara con enérgica vitalidad sin un renuncio.

El riojano Ángel Vicente Peñalosa, apodado el Chacho — Comandante del Noroeste designado

por la Confederación— resistió todos los embates de Buenos Aires; capturado en Loma Blanca fue muerto, asesinado dijeron sus partidarios, por el comandante Irrazábal. El episodio que causó entusiasmo en Buenos Aires e indignación en las provincias movió inmediatamente el espíritu de Hernández reclamando justicia: fueron los artículos en *El Argentino* de Paraná origen de su primer libro, el folleto: *Vida de «El Chacho». Rasgos biográficos del Gral. D. Ángel V. Peñaloza* donde, en el prólogo, aparecen sus primeros ataques a Sarmiento y una inquietante premonición del asesinato de Urquiza.

Pasa a Rosario como periodista en 1864; al año siguiente arde la chispa que encenderá la cruenta y estéril guerra del Paraguay: el bombardeo y sitio a Paysandú, la cual se defendió del ataque del uruguayo Flores y la escuadra brasileña hasta quedar arrasada; en esa defensa estuvieron los hermanos Hernández, tanto José como Rafael y también Guido Spano, Gervasio Méndez y Olegario Andrade:

¡Sombra de Paysandú! Sombra gigante
que velas los despojos de la gloria!
¡Urna de las reliquias del martirio
espectro vengador!

exaltaron a la heroica ciudad y abominaron de los sitiadores como abominaron después de una guerra, como la de la triple alianza, ferozmente cruenta y políticamente estéril, que habría de durar tres largos e interminables años.

Desde 1866 y durante toda la guerra, Hernández está en Corrientes bastante cerca de la hoguera. Es secretario del gobernador Evaristo López en campaña; fue fiscal general de Estado; secretario de la Cámara Legislativa; miembro del Superior Tribunal de Justicia; Ministro de Hacienda y de Gobierno. Esta seca enumeración de cargos, tan parecida a una burocrática ficha administrativa, nos prueba dos cosas: la escasez de hombres de valía con la consecuencia de que esos pocos debían hacer de todo y la certeza de que el futuro autor del *Martín Fierro* era uno de esos pocos; tenía la fibra de genio y es indudable que en tan varia tarea se desempeñó siempre con probidad e inteligencia. Dos datos importan: la continuidad de su labor periodística al fundar, en 1867, *El Eco de Corrientes* desde donde ataca la candidatura presidencial de Sarmiento y el ha-

ber sido —otra prueba de su multiplicidad y negación de la incultura que algunos le achacaron— maestro de Gramática en la escuela San Agustín.

Una rebelión unitaria del '68 clausura y destruye el diario; Hernández debe huir y se refugia en Rosario donde en *La Capital*, que dirigía su amigo Ovidio Lagos, continuó su campaña contra Sarmiento y el grupo unitario de Buenos Aires. A esta última bajó a mediados de ese mismo año '68.

Funda entonces su empresa editorial de más aliento: el seis de agosto de 1869 aparece *El Río de la Plata* donde se dan cita porteños acordes con sus ideas más que federales nacionales: Vicente G. Quesada, Mariano A. Pelliza, Estanislao Cevallos, Carlos Guido Spano, etc. Allí encontró ancha tribuna para expresar su ideario social y político.

Hernández no se da respiro, desde sus horas de Paraná conocía íntimamente a Ricardo López Jordán, el general entrerriano; éste, a raíz del asesinato de Urquiza en abril de 1870, promovió un movimiento revolucionario en Entre Ríos inmediatamente perseguido por el gobierno central. Jordán tenía coraje, hombres y entusiasmo, pero la inferioridad de sus armas frente a las de Roca y Viejobueno le ocasionaron varios descalabros hasta el definitivo de Ñaembé en enero de 1871. En esta ruta se encontraba el poeta, quien debió huir por la Banda Oriental hasta Santa Ana do Livramento donde ha de vivir todo ese año '71.

Sin duda, uno de los más calmos y placenteros de su asendereada existencia. Pudo tener amigos cordiales, concurría a reuniones familiares donde recitaba versos y a tenidas de truco en las cuales lucía su buen humor e ingenio para improvisar; debía de encontrarse como pez en el agua porque Santa Ana pertenece a Río Grande do Sul donde la tradición «gaucha» —que a diferencia de nosotros aún se conserva como gentilicio local—, si bien con rasgos propios, tiene mucho de similar con los usos y costumbres que Hernández conocía y amaba, y una generosidad proverbial en los riograndenses hizo que se lo tratara con cordialidad a pesar de los ataques que llevó contra el Brasil en sus artículos de *El Río de la Plata* con motivo de la guerra de Paraguay.

Es bastante presumible que en esa relativa paz y en ese ambiente, más con el acicate nostálgico del exiliado, compusiera si no toda, buena parte en «La ida»⁹. Es lo más sensato y natural porque

un cantar de la magnitud de la primera parte no se improvisa «en unos pocos» días, como sostuvieron románticamente Lugones o Rojas en el afán, sin duda noble pero exagerado, de considerar a Hernández como un improvisador genial; tiene esa parte como veremos, demasiado sólida arquitectura para ser el logro de un «impromptu» repentino.

Veamos ahora: en enero de 1872 volvió a Buenos Aires; es cuando se instala en el Hotel Argentino donde, según muchos exegetas, para entretejer los ocios de un encierro, a causa de la epidemia amarilla, compuso *El Gaucho Martín Fierro*. Sin tener seguridad ninguna, nos parece hipótesis romántica y antojadiza; en primer lugar, la terrible peste fue en el '71 y al año siguiente solo quedaba el recuerdo del horror; en segundo lugar, un hombre de su temperamento, en las aciagas circunstancias en que todos combatían el flagelo, con toda seguridad no hubiera permanecido encerrado «por temor» y, en tercer lugar, otras cosas lo preocuparon ese año: su colaboración en *La Pampa* de Buenos Aires y su estudio, notable por cierto, sobre *El camino Tras-andino*.

Pudo sí, en el famoso hotel, dar al texto sus últimos retoques antes de llevarlo a la imprenta ya que el poema apareció a fines de ese año '72.¹⁰

López Jordán volvió a las andadas al año siguiente. Sarmiento puso precio a su cabeza y a la de todos sus colaboradores, entre ellos al autor del flamante *Martín Fierro* quien había llegado a convertirse en asesor político del caudillo; las campañas de éste fracasan. Hernández se ve en la obligación de expatriarse nuevamente, esta vez, a Montevideo donde, desde *La Patria*—diario de su viejo amigo Soto, el de *La reforma pacífica* de Paraná—, continuará asesorando al «jordanismo» y atacando con saña a Mitre y a Sarmiento. La captura y prisión de López Jordán puso fin a esta última aventura.

Desde 1875, con la franca amnistía de Avellaneda, cumplidos los 41, está en Buenos Aires y su andariego nomadismo parece aquietado; serán los once años en que con relativa tranquilidad disfrutará de la paz doméstica y cumplirá una intensa labor política y de publicista ya sin sobresaltos. Son las horas de presidencias del joven y sabio tucumano cuya candidatura defendió enérgicamente; vive en Belgrano—entonces partido de la provincia—y explota la «Librería del Plata» en Buenos Aires; será diputado en la legislatura

provincial; vicepresidente de la Cámara de diputados; presidente con Guido Spano de la Cruz Roja Argentina, durante la revolución del '80, porque en la espinuda cuestión de la capital aboga por la federalización de Buenos Aires sin participar con las armas, y será quien, más adelante, expida el despacho dando el nombre de La Plata a la capital de la nueva provincia¹¹ en cuya fundación participó activamente.

En sus últimos tiempos—ya en la presidencia de Roca a quien apoyaba por ver en él la continuidad de la unión nacional—se lo ve ocupando estos cargos reposados y expectantes que se encargan a hombres de cordura y experiencia: vocal del Monte de Piedad, senador Nacional, miembro del Directorio del Banco Hipotecario, Vocal del Consejo General de Educación. En lo privado, ya sedentario, y relativamente cómodo en sus finanzas privadas, compra su casa-quinta en Belgrano, el sueño de muchos años.

Con relación a la actividad literaria: en 1875, Casavalle reimprime *La vida del Chacho*, suprimido el urticante prólogo de la edición de 1863, otro testimonio más del hombre que ya no quiere ni busca «el ardor de las batallas»; en 1879, «La vuelta de Martín Fierro», en la editorial Coni, con el espíritu que ya hemos visto en el capítulo anterior; en 1881, Dardo Rocha lo designó para realizar un viaje por Europa y Australia a fin de estudiar las organizaciones agropecuarias pero el poeta rehusó la designación y fiado en su experiencia publicó a fines de ese año una *Instrucción del Estanciero*.

Todavía, a comienzos de 1886, realizó una misión confidencial de Dardo Rocha en Salta de la que regresa francamente enfermo; continúa, empero, con su tarea de legislador y en agosto de ese año presenta un proyecto de ley sobre tierras públicas; la afección cardio-vascular se agravó a comienzos de octubre y llegó a un desenlace fatal, casi repentino, el día 21 a primera hora de la tarde. Aún no había cumplido los 52 años.

Capítulo III

Los prolegómenos de la rapsodia

Hoy ya no es posible concebir al *Martín Fierro*—y así fue durante mucho tiempo— como el producto payadesco de un cantor lego inspirado;

hay detrás de su alada inspiración poética mucha sindéresis y mucha sabiduría; analizadas copiosas fuentes, sabemos que Hernández fue hombre de pensamiento, convencido de una filosofía social, política y económica desparramada en su vibrante labor periodística, en su notable tarea de legislador.

No nos compete examinarla en detalle al aducir textos que nuestro margen de extensión no tolera, pero si urge dar una idea general de esas ideas. Si apasionado por la causa «del interior», su cordura lo indujo a no empedernirse en esa actitud intransigente que enturbió el pensar de tantos de sus contemporáneos; era apasionado, pero lúcido; vehemente, pero sensato; su liberalismo romántico era característica acorde con las circunstancias de la historia y las perentorias necesidades del país; por eso, cuando llegó la hora de cicatrizar las heridas afirmó la preeminencia nacional, no política ni económica, de Buenos Aires y reconoció la ejemplaridad de la figura de Mitre.

Federal a su modo, abominó de esta determinación como de la unitaria que suponían facciones y no fuerzas de construcción, como criticó acerbadamente la dictadura rosista por no haber instaurado la constitución que tuvo en sus manos instaurar. Partidario en cuestiones económicas, como no podía haber sido de otra manera, de Adam Smith¹² no olvidó al campo de los fisiócratas y de sus amores, pero defendió la industrialización, el libre comercio por el interior, la liberación de la tierra, el sentido nacional de la rentabilidad aduanera. Sentía como criollo, como argentino, no como hombre de partido, término político que jamás le agradó.

Y todo ello volcado para beneficio de su pueblo, no la «chusma sagrada» de Almagro, el compadreo de los suburbios porteños, sino sus buenos gauchos de la llanura o del litoral, claros, modestos y sencillos como un amanecer en la pampa, y cuyo sufrir, sojuzgamiento poco menos que esclavitud, había contemplado tan de cerca y, en cierto modo, sentido en carne propia.

No son las ideas de Hernández ni complejas ni rebuscadamente eruditas, son por el contrario de una diáfana doctrina y de una rotunda sensatez, ello no obsta a que adquiriera a veces un sentido trascendente; esto se ve en su ética y en su posición religiosa; en este último caso comprendió muy bien, aún dentro de sus ideas liberales y del

positivismo que apuntaba en la nueva generación, que el pueblo gaucho siempre necesitó de un sentimiento de lo absoluto, de un apoyo espiritual por limitado que fuese; ya veremos la vibración cristiana que corre por todo el poema, actitud concretada en una de esas síntesis admiradas frecuentes en el poema:

debe el gaucho tener casa,
escuela, iglesia y derechos
(parte II -vv. 4827-28)¹³

y por sobre todo, poeta, poeta en el sentido más auténtico que se puede ser: pegado a la tierra, fluido como el agua de manantial y sin retórica académica de ninguna especie.

Es natural que un episodio literario como el *Martín Fierro* no aparezca de golpe y porque sí; necesitaba muchos elementos específicos y mucha elaboración para lograr su propósito; por lo pronto exigía un escenario propio de rasgos muy peculiares. La pampa húmeda y laboral por tradición histórica, por la típica raza en ella formada, la calidad de su economía, el mismo carácter de la lengua española en su ámbito, daba todos los elementos para elaborar una creación artística absolutamente nueva y distinta, característica y única.

Ya el avizor Echeverría dijo que esa pampa era nuestro más pingüe patrimonio no solo en lo material sino también en lo espiritual, y para probarlo escribió *La Cautiva* aparecida en 1837. Como dijera Marcelino Menéndez y Pelayo es una primera tentativa —y ese es su gran mérito— pero hoy bien sabemos que es una pampa literalizada, vista a través de Chateaubriand; y cuyo romántico color local está como diluido a través de una sensibilidad extranjerizada. Abrió con todo una corriente, porque el citado principio del color local en ninguna zona podía, entre nosotros, tener más posibilidades que en esa pradera gaucha; oeste y noroeste tardarían aún mucho en incorporarse a una conciencia cultural nativa.

Así se produjo toda una literatura híbrida que ha dado en llamarse «poesía gauchesca en lengua culta», dicho de otro modo: poesía que recoge el tema desde afuera y como sustancia puramente decorativa. A ella pertenecen los textos criollos de las *Rimas* de Mitre (1854); las de Juan María Gutiérrez en su poemario de 1869 o los relatos de

La fibra salvaje y Lázaro del médico y poeta Ricardo Gutiérrez. Eran sí los ingredientes de ese mundo-ombú, el pato, el caballo, la guitarra, los payadores, etc. Faltaba lo «gauchesco», o, si se prefiere, faltaba la verdad.

Por debajo de estos ensayos —y desde mucho tiempo atrás— el payador errante y anónimo con sus coplas había ido formando un acervo popular de extraordinaria riqueza vernácula; es como la misma voz de la tierra en amores, desengaños, esperanzas, dolores o sarcasmos; cuando llegó el momento de que esa copla adquiriese dimensión escrita, un cantor, Bartolomé Hidalgo, se encargó de darle forma a sus «cielos» contra Fernando VII o en sus diálogos entre Chano y Contreras como espectadores de nuestros primeros encontronazos civiles. Es curioso y acredita bien la incertidumbre en que se encontraban los europeizantes de Buenos Aires: Mitre llamó a Hidalgo «el Homero del género gauchesco» y el denodado fiscal de los gauchos escribía: «A mí me retozan las fibras cuando leo las inmortales pláticas de Chano, el cantor, que ar. 'an por aquí en boca de todos»; estaba en Montevideo y, como siempre, no pudo contenerse; tendremos que volver sobre el veleidoso sanjuanino.

Dos textos nos ofrecen ahora testimonio del irremediable espíritu rural latente en el fondo de nuestros hombres cultos de la hora romántica: el *Santos Vega* de Hilario Asacasubi y el *Fausto* de Estanislao del Campo. Es notable como el primero, —periodista, soldado, hombre de mundo, diplomático en París, reverente de Musset— aparte del tema melodramático de *Los mellizos de La Flor* (asunto de su poema y romanticismo sin atenuantes) diera tanta información geográfica, cultural, humana de la pampa, sin duda bien asimilada en sus tiempos de soldado unitario. También son de él las famosas *Trovas*, bajo los pseudónimos de Paulino Lucero o Aniceto el Gallo, admirables versiones populares del sitio de la Nueva Troya. En cuanto al segundo —tan amanerado en sus versos «de salón», tan rotundamente porteño— acierta con un poema, en el sentido más estricto de la palabra, el célebre *Fausto*, a transportar al espíritu, óptica y paisaje de un paisano, una ópera de Gounod no con ironía sino con sincera ternura. No sé si agregar a estos antecedentes el caso de *Los tres gauchos orientales* de Antonio Dionisio Lussich donde se narra la revolución del caudillo uruguayo Aparicio, que Hernández conoció en

copia facilitada por el entonces joven autor y que apareciera impresa pocos meses antes del texto hernandiano.

En esta línea de poesía rural escrita por hombres cultos se inserta el *Martín Fierro*. Todos, cultos o gauchescos, eran buenos poetas; Hernández era un genio, por eso su canto similar en naturaleza a los anteriores —salvo la nota semihumorística del *Fausto*— tiene una misteriosa e íntima vibración distinta que le acuerdan categoría excepcional; texto romántico —¿quién puede negarlo?— de exaltación nativa y localista como quería la escuela, pero además se transparenta toda una doctrina de fondo, positiva, orgánica, vital, como un estudio sociológico estremecido de realidad y de lirismo.

¿Otro antecedente? Pues sí y lejano como que se remonta a 1840: el *Facundo* de Sarmiento. No se escribe con esa pasión, con esa fuerza, con ese arte sí, en el fondo, no se siente y admira lo narrado; por razones del momento su Quiroga es el caudillo agauchado violento e inmisericorde, pero en la descripción estupenda del paisaje, tipos y aspecto social de las llanuras hay tanta poesía y belleza que, obligan a pensar, están escritos con un entrañable convencimiento de sus valores. Quien recomendó intemperantemente en otro momento aciago de la patria «no ahorrar sangre de gauchos» sabía muy bien lo que esa sangre representaba a pesar de sus otras ideas de progreso y urbanidad; que a estas dolorosas contradicciones lleva muchas veces, la funesta pasión en la política. No soy yo quien lo dice, sino Marcelino Menéndez y Pelayo en su *Historia de la poesía hispano-americana* refiriéndose a los poetas de las guerras civiles: «Aquella guerra era trágica y de proporciones aterradoras, y merecía tener, y tuvo en efecto, su poeta; pero no en verso, sino en prosa: no en el autor de «Avellaneda» y de la «Insurrección del sur», sino el de «Facundo Quiroga»; no Echeverría sino Sarmiento».¹⁴

Entre 1872 y 1879 se cierra un ciclo muy singular de nuestra más auténtica literatura; todo lo que vino después en este sentido no son sino epígonos de lo anterior, epígonos a fuerza de nostalgia: el campo se acotaba por el alambrado; su hombre típico se iba diluyendo; iba surgiendo una organización más racional a la matrera que lo había sojuzgado; hasta su habla iba dejando de ser un fenómeno lingüístico independiente. Más tarde llegó la técnica; Santos Vega caía vencido por la trova con el diablo...

Capítulo IV La naturaleza de la rapsodia

1

No es fácil encarar ahora un texto sobre el cual pesa ya una bibliografía ingente y una exégesis que lo ha escudriñado por todos sus resquicios intrínsecos y extrínsecos.

Ante la nueva convocatoria de un estudio sobre la máxima creación gauchesca nuestra propuesta es muy sencilla, acaso modesta, pero creo importante: volver a presentarlo en su esencialidad, sin esoterismos ni búsquedas espaciosas, desde luego interesantes pero, muchas veces, antojadizas. Es verdad que la rapsodia hernandiana tiene muchos puntos de estímulo o por su misma naturaleza o por el misterio de ciertas notas que han sido en gran parte esclarecidas, pero el poema en sí es de diáfana concepción, de propósito tan evidente, de tan robusta entereza que volver a una explanación directa de su estructura fundamental y de sus matices más acusados nos parece tarea importante, diríamos necesaria, sobre todo cuando un nuevo y arrollador turbión de lectura extranjera, o de no lectura sustituida por medios mecánicos, emplaza hoy con dramática angustia a las bellas letras y, sobre todo, a las bellas letras nacionales.

Comencemos por la arquitectura del poema. Sus 13 cantos y 2.316 versos de la Primera Parte son de una apretada coherencia y de una andadura fúida de extraordinaria flexibilidad. El comienzo —o prelude según algunos exegetas— tiene los dos momentos canónicos de la mejor erudición épica; en el primero, el cantor pide ayuda a las fuerzas superiores, y aquí el primer rasgo de esa ortodoxia cristiana que nos sorprenderá a cada instante:

Pido a los santos del cielo (v. 7)

En el segundo, hará franco alarde de sus virtudes como tal y buscará justificar sus actos:

Que nunca peleo ni mato
sino por necesidad (vv. 105-106)

Para abrir la relación de Fierro (Canto II) aparece la hermosa descripción de la vida libre y placentera del gaucho en su mejor época, ¿cuándo? tomada en cuenta la biografía del autor, supuesto

que su experiencia tanto gravita en el poema, ésta tiene que ser la de su aprendizaje por los campos del sur, esto es hacia 1845 durante el período rosista en que esa vida libérrima comenzaría a malearse¹⁵:

Tendiendo al campo la vista
Sólo via hacienda y cielo (vv. 215-16)

La temida leva lo arranca de una diversión y es llevado a la vida del fortín. Todo el canto III estremece con el dolor de una épica sórdida y menguada con relámpagos de un heroísmo solitario como el enfrentamiento con el hijo del cacique

Pero yo hice la obra santa
De hacerlo estirar la jeta (vv. 611-12)

La miseria y la desesperación componen un cuadro dantesco sobre un «leitmotiv» rastrero e insistente de concupiscencia y desgobierno:

¡Ah, hijo de una!... ¡La codicia
ojalá les ruempa el saco! (vv. 786-87)

Fierro, al fin, una noche escapa de aquel infierno (VI):

Para mí el campo son flores
Dende que libre me veo (vv. 991-92)

Tenemos pues un ritmo ternario admirablemente equilibrado: vida libre y despreocupada; enganche; la tragedia del fortín. En la estructura de lo que podría ser el segundo momento de «La Ida», se repite el mismo ritmo: lamento, frente a la tapera que fue su rancho (vv. 1009 a 1123); vida matrera la de la sangre y el crimen, la cual, a su vez, tiene tres instancias: la muerte del negro en el baile, la del paisano en la pulpería y el momento clave del protagonista como héroe solitario y varón de la pampa: la lucha con la partida, colocada, versos más o menos (1469 a 1620), en el centro del relato para cerrar el ciclo ternario con la defección de Cruz.

Al ir diseñando esta arquitectura hemos eludido las que podríamos llamar notas y accidentes coloridos o irónicos en la línea troncal del texto: las maniobras del pulpero ladrón (IV); la «estaquiada», el desahogo del criollo contra los gringos (V)

y las vanas promesas de mejorar para los infelices enganchados (VI).

Cruz relata su vida en tres episodios (X a XIII); los amores con la mujer traidora –el primer atisbo erótico en discurso tan objetivo y netamente varonil–; el duelo con el cantor en el baile; la entrada de soldado en la «poleca».

Finalmente el canto XIII cierra la primera parte: Fierro y Cruz resuelven internarse en el desierto, en los toldos de la indiada. Así como hay un prólogo que anuncia toda la melodía del relato con la aparición del cantor:

Aquí me pongo a cantar (v. I)

Hay un epílogo en que esta melodía calla porque ese cantor va a desaparecer:

Ruempo –dijo– la guitarra
pa no volverte a templar (vv. 2275-76);

de este modo, encerrada entre dos actitudes del payador, «La Ida», en su plan general, también con todos los matices particulares, puede dividirse en una tríada que representarían la alegría, el dolor, la muerte: la vida libre del gaucho, sus años de matrero, la huida a un mundo del que no era fácil regresar.

Tal ritmo ternario no creo fuera deliberado; no es ni con mucho el plan tríptico escolástico de *La Divina Comedia*, pero surge de la firme coherencia con la que Hernández trazó esta luminosa primera parte de su elegía gaucha.

Como sabemos «La vuelta de Martín Fierro» apareció en 1879. Han pasado siete años de *La Ida*, y ya vimos como habían variado las circunstancias del país. Hernández, sin olvidar la naturaleza épica del poema, sin dejar a un lado la «denuncia», ingiere un elemento nuevo que llamaríamos didáctico y, hasta cierto punto, un sentido del humor en absoluto ausente en el texto de 1872. Por eso la coherencia es mucho menos firme y la andadura se fragmenta en episodios aislados incluso con otros protagonistas; esa relativa dispersión lo obliga a escribir 4894 versos, esto es 2578 líneas más que en «La Ida».

Veamos: el prelude de «La Vuelta», si bien retorna a elogiar su nata condición de payador:

Y habiendo perdido tanto
no perdí mi amor al canto

ni mi voz como cantor (vv. 40-42).

Tiene ahora, y además, un aire de autodefensa, como afirmando su posición combativa:

Pero yo canto opinando
que es mi modo de cantar (vv. 65-66)

he conocido aunque tarde
sin haberme arrepentido,
que es pecado cometido
el decir ciertas verdades (vv. 81-84),

y una orgullosa afirmación de su valía y pervivencia:

Lo que pinta este pincel
Ni el tiempo lo ha de borrar;
Ninguno se ha de animar
a corregirme la plana;
No pinta quien tiene gana
sino quien sabe pintar (vv. 73-78),

y en el verso 100:

mis cantos han de durar;

más todavía; acusó la secreta intención que lo animaba:

tiene mucho que rumiar
el que me quiera entender (vv. 95-96).

El relato propiamente dicho se abre por espacio de cuatro cantos (II a V) con la imponente descripción de la vida en la toldería; prácticamente se detiene el movimiento narrativo –caso poco o nada frecuente en «La Ida»– para dar lugar a una pintura que tiene, aparte del literario, un indiscutible valor antropológico en el que Hernández no oculta ni su oído ni su repugnancia por la indiada como la satisfacción por las campañas que entre 1872 y 1879 trataron de concluir con las depredaciones:

Estas cosas y otras piores
Las he visto en muchos años;
Pero, si yo no me engaño,
Concluyó ese bandidaje
Y esos bárbaros salvajes
No podrán hacer más daño (vv. 667-672)

Tan extenso lienzo termina, canto VI, con el episodio de la peste de «virgüela negra» (v. 803), la alusión a la brutal terapéutica de los pampas y la muerte de Cruz. Es interesante señalar, sobre este nuevo ritmo ternario, cómo la conciencia artística de Hernández se dio cuenta, antes de llegar a los fúnebres episodios de ese canto VI, de haber perdido también tensión narrativa:

Debo pedirles perdón
Pues sin querer me distraje,
Por hablar de los salvajes
Me olvidé de la junción (vv. 741-744).

Muerto Cruz, el protagonista vuelve a su radical soledad; se produce entonces —cantos VII a IX— el casi único episodio heroico y caballeresco de *Martín Fierro* si es que queremos elevarlo a la calidad de epopeya: el rescate de la cautiva. Cuando ambos, huyendo, regresan a la civilización es curioso que la masculinidad de casi toda la rapsodia deje a un lado un posible idilio entre la dama rescatada de la fiera —¿había peor dragón que el pampa?— y el caballero vencedor, de modo tal que todo se resuelva en nuevas proposiciones didácticas: una especie de breve tratado de hipología acerca de cómo el indio doma al caballo y algunas instrucciones para no extraviar el rumbo en la soledad del desierto.

Llegan a tierra civilizada:

Al fin pisamos la tierra
En donde crece el ombú (vv. 1531-32)

Y Fierro se separa de la mujer. Aquí, en rigor, en el verso 1550 concluye la actividad del protagonista en todo este largo fragmento puramente contemplativa, si exceptuamos el acto heroico del rescate con el cual acaso buscó Hernández lustro de su anterior vida matrera.

Se necesitaba un eslabón para volver a conectar la cadena de los hechos: es el canto XI en el que Fierro informa de su vuelta al pago y su encuentro con los hijos; un romance de ciento cuarenta y ocho versos, lo más inerte de todo el poema; se ve que es solo un intermedio práctico, casi prosaico, con reiteración de episodios conocidos, para dar entrada a los dos nuevos cantores: los hijos mayor y menor del protagonista.

El mayor se limita a explicar sus padecimientos en la cárcel —«le dirán Penitenciaría» (v. 1806) — por las señas abrumadoras de aislamiento y silencio, que se repiten con diversas variantes, regi-

da según se desprende del contexto por los sistemas filadélficos de Auburn con todas sus implicancias de sufrimiento y dolor; es otra crítica oblicua de Hernández a esos regímenes y, en este caso, no a los que gobiernan:

Debo confesarlo aquí
El hombre que manda allí
Es poco menos que un santo
(vv. 2058-2060).

El fragmento se aparta violentamente del franco tono rural del poema, y parece un injerto forzado para atacar directamente una circunstancia de sociología carcelaria, abominada mucho más tarde por el derecho penal.

Contrasta con la vida del segundo o menor que, pese a algunas opiniones, creemos que nada tiene de picaresca porque en el fondo, el infeliz es sólo la víctima de una serie infame de trapalones, desde el juez a la muerte de la tía, (XIII) hasta que él lo engaña queriéndole curar el mal de amores con una viuda (XIX) sin que él ponga nada de astucia ni esguince en su propia defensa, pero en esta historia sorprendemos de nuevo la tríada: entre el legulayo enredador y el curandero se incluye como cima esa extraordinaria página de «humor negro» del Viejo Vizcacha (XIV a XVIII) cuya semblanza dejamos para dentro de un momento.

Un breve romance (XX -vv. 2903-2940) da entrada a un nuevo personaje, con el cual las historias laterales vuelven a ofrecer la disposición del tríptico: los dos hijos de Fierro y el recién llegado: Picardía, el hijo de Cruz. Su historia ocupa novecientos cuarenta y cuatro octosílabos, poco más de la quinta parte de toda La Vuelta, de los cantos XXI a XXIX. En ninguna de las narraciones accesorias se demoró Hernández tanto como en ésta. Ahora sí tenemos una sintética «novela picaresca» pues las aventuras del muchacho responden a esa vida andariega, «mozo de muchos amos», libre y con ribetes de delincuencia menor típica del género.

Picardía pasa a cuidar las ovejas de un patrón que lo castiga; es pruebista de circo en Santa Fe; se burla con una parda que lo tiene a mal traer de ciertas tías viejas rezadoras que lo recogen; entra a ser jugador fullero; se enfrenta con un «fiato» oficial de partida no menos trapisondis-